

## INTERPRETACION DEL PENSAMIENTO POLITICO-SOCIAL DE SARMIENTO

La Revolución Industrial conmovió la estructura del mundo occidental provocando profundas alteraciones. El extraordinario desarrollo técnico, los nuevos métodos de explotación industrial y la ampliación de posibilidades para la acción del capitalismo fueron factores determinantes de la configuración del siglo XIX. Derivaciones directas resultaron el apresurado proceso de urbanización, el elevado crecimiento de la población europea —siete veces en relación a tres en el resto del mundo— y la expansión imperialista. En lo mediato se abrió margen al proceso de masificación y la estructuración de las clases bajas.

Esta conmoción operaba en momentos de paz para Europa, desde la caída de Napoleón hasta la guerra franco-prusiana, en tanto las fuerzas bélicas eran utilizadas para amparar la expansión de las potencias que en abierta puja se lanzaron a la conquista material de los territorios no desarrollados. Asia y África fueron destrozadas y explotadas; América Latina recibiría el impacto de las pretensiones extranjeras ávidas de materias primas y mercados.

Toda esta acción, en la que Inglaterra precedía, era avalada por un sentimiento de cierta religiosidad por el progreso, que las clases altas de la burguesía industrial acataban y exaltaban y al que acompañaban con un profundo respeto por las seguridades individuales, por una defensa del libre cambio en el terreno económico y un apoyo decidido a la investigación científica. En el transfondo la filosofía positivista daba su respaldo y divulgaba por el mundo las excelencias del nuevo sistema.

Las ideas madres que formalizaron el positivismo tomaron en gran parte elementos que surgieron como consecuencias de la Revolución Industrial y se afirmaron a medida que exitosas experiencias del industrialismo fueron imponiendo realidades

y la sociedad tuvo necesidad de un reordenamiento acorde con la nueva situación. Sarmiento, a quien las experiencias daban base a sus razonamientos, abrazó, aún cuando pesaba sobre él y su generación el romanticismo, los postulados más importantes del positivismo. No era hombre dado a las consideraciones de tipo filosófico, ni tenía formación para ello, acertare o errare en sus afirmaciones era eminentemente práctico. Le interesaban las realizaciones que harían al desarrollo del país, para lo cual creía fundamental la incorporación de otras razas en un clima de amplia libertad individual. La instrucción pública daría los ciudadanos que el desarrollo progresista del país demandare.<sup>1</sup> Recalquemos esto: desarrollo progresista, y apuntemos el problema que la plasmación del progreso plantea y que se agudiza en aquellos países menos evolucionados: el del tiempo.<sup>2</sup>

Por lo tanto era fundamental en primer término advertir los impedimentos que trababan al progreso y que de subsistir podían anular o retrasar nuestro proceso civilizatorio. Para ello haría el análisis del medio geográfico. El tema aparece de continuo en sus escritos y es una de sus mayores originalidades, ya que en nuestra literatura político-social no había sido considerado como elemento de juicio.

“El mal que aqueja a la República es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias”.<sup>3</sup> El *desierto* era para Sarmiento el principal personaje del drama argentino. Su existencia implicaba inseguridad, entiéndase bien, para el hombre civilizado. Significaba aislamiento por impedir toda intercomunicación que posibilitara la estructuración de una sociedad moderna. En este medio la montonera y su caudillo encontraban las máximas condiciones de libertad para actuar. La vida en las campañas se había modelado de tal forma, que “no es un accidente vulgar; es un orden de cosas, un sistema de asociación característico, normal, único a mi juicio en el mundo”.<sup>4</sup> En esto Sarmiento penetró profun-

<sup>1</sup> Véase: ALEJANDRO KORN: *Obras. Influencia filosóficas en la evolución nacional*, vol. III, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1940.

<sup>2</sup> LEWIS MUMFORD: *Técnica y Civilización*, t. I, Buenos Aires, Ed. Emecé, 1945, dice: “El valor de la doctrina del progreso quedaba reducido a un cálculo de tiempo; el valor de hecho quedaba reducido al *movimiento en el tiempo*”.

<sup>3</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas. Facundo*, t. VII, Buenos Aires, Ed. Luz del Día, 1948.

<sup>4</sup> D. F. SARMIENTO: *Facundo*, ed. cit. Sus observaciones son respecto del medio de suma penetración. Más tarde en *Conflictos y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, Ed. La Cultura Argentina, 1915; señalaría la perduración de las tomas como fruto del aislamiento y distancia entre los centros poblados. En el mismo libro pondría de manifiesto el valor del caballo en nuestra evolución al decir que la mita, la hacienda, el pueblo y la reducción fijaban los habitantes y el caballo “rompe todas estas amarras”.

damente al observar “un orden de cosas”, es decir una estructura de tipo social, y de hecho arraigada al medio, con representantes que son su fruto: los caudillos. Facundo resultaba así: “Una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual —dice con énfasis— creo necesario consagrar una seria atención, porque sin esto, la vida y hechos de Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar sino esporádicamente en el dominio de la historia”.<sup>5</sup> Esta cita da la pauta del valor que Sarmiento atribuye al medio, no otorgándole carácter determinativo, pero sí de gran influencia formativa.<sup>6</sup>

La diversidad regional del país y la disparidad entre las riquezas que cada una contenía abría una fisura en las bases que sustentaban el ordenamiento del régimen caudillista. Sarmiento advirtió este hecho en el capítulo primero del *Facundo* e hizo un análisis más detallado desde el punto de vista económico en *Argirópolis*. Su razonamiento encontró un agente civilizador de suma jerarquía e importancia, cuyas condiciones le permitían sobreponerse a la acción negativa del desierto. Ese agente —fruto de la diferenciación— era la ciudad de Buenos Aires, resultante de la región más pudiente del país, vértice donde confluyen los ríos más ricos y dueña en gran parte del de la Plata, con una posición de frente al océano, es decir a Europa, a la civilización.<sup>7</sup> Era Buenos Aires el único centro urbano que de acuerdo al pensamiento de Sarmiento ofrecía garantías, los restantes corrían peligro de ser absorbidos por el espacio. Basaba esta suposición en el hecho meramente cuantitativo que manifestaba el elevado número de habitantes cuya proporción del 40 % en relación al resto de la provincia, constituía un hecho relevante y de alto contraste con el resto del país.<sup>8</sup> Conocedor del egoísmo portuario de la ciudad y de su clase gobernante, estos argumentos no lo detuvieron, en parte porque creía en cierto fatalismo geográfico, como cuando decía: “No hay que quejarse de Buenos Aires, que es grande y lo será más, porque así le cupo en suerte. Deberíamos quejarnos antes de la Providencia y pedirle que rectifique la configuración de la

<sup>5</sup> D. F. SARMIENTO: *Facundo*, ed. cit.

<sup>6</sup> Véase: NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE: *Aspectos sociológicos y filosóficos del Facundo*, en *Revista de la Universidad*, N° 2, La Plata, Imp. Angel Domínguez, 1957.

<sup>7</sup> Para un estudio actual sobre la región y la ciudad de Buenos Aires: FEDERICO DAUS: *Geografía y unidad argentina*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1957. Sobre Buenos Aires el trabajo de BERNARDO CANAL FEIJÓO: *Teoría de la ciudad argentina*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1951.

<sup>8</sup> Aunque Sarmiento exageraba en las cifras, ello no invalida su pensamiento. Córdoba era la segunda ciudad del país y no sobrepasaba los 15.000 habitantes, siendo el total de la provincia de 80.000 a 85.000. La proporción de la ciudad respecto del resto de la provincia sería aproximadamente del 12,5 %. Véase: HORACIO J. PEREYRA: *Notas sobre la economía del Litoral Argentino (1820-1836)*, en *Humanidades*, t. XXXV, T. G. E. G. L. H., 1960.

tierra”; y en parte porque tenía profunda fe en que la civilización se impusiera, y en última instancia por el hecho real, porque: “Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires. No obstante Rosas; la pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias, y ya veremos lo que de aquí resulta”. Sarmiento encontró en Buenos Aires el agente civilizador capaz de quebrar las viejas estructuras. Mediante él se incorporarían los elementos materiales de la civilización y las nuevas razas, personificadas en los inmigrantes.

De tal manera Buenos Aires aparece como única posibilidad real, una tabla de salvación, mediante la cual habrían de combatirse las dos causas fundacionales de nuestros males: el medio —el espacio— y la herencia española en su mezcla con el indígena y el negro —la raza—, que en su conjunción eran la matriz del caudillo.

Aquí corresponde preguntarse qué significa civilización para Sarmiento. Dice Korn que es “puramente positivo y utilitario. En los cincuenta volúmenes de la compilación de sus escritos no se halla una definición abstracta del término. Lo define por enumeración”.<sup>9</sup> Le importaban los elementos que hacen a la civilización para obtener “la más extensa apropiación de todos los productos de la tierra, el uso de los poderes inteligentes, y de todas las fuerzas materiales”.<sup>10</sup> El ferrocarril, las modernas maquinarias agrícolas, la navegación a vapor, etc. Insistía en la necesidad de estos elementos en todos sus escritos con una voluntad de hierro, como si él mismo fuera una máquina más, para grabar en las conciencias su imperiosa necesidad, sin los cuales el cambio que deseaba se operase en nuestra sociedad sería ineficaz. La idea de civilización la vinculaba a la que tenía sobre la sociedad moderna, que tiende a la igualdad, sin castas privilegiadas y ociosas, con educación completa para el hombre<sup>11</sup>; siempre definiendo por enumeración como dice Korn, pero no con concepto tan mezquino como el filósofo le atribuye, puesto que para que pueda existir civilización en la sociedad moderna Sarmiento requería además una “doble perfección moral y física”.<sup>12</sup>

Los viajes que el sanjuanino realizó entre 1845 y 1847 marcan un hito en su pensamiento. Hombre de experiencias, le interesaba ver en la práctica, plasmados en otros medios, los efectos de los elementos de la civilización como así ratificar

<sup>9</sup> ALEJANDRO KORN: obra cit.

<sup>10</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. V. *Viajes por Europa, Africa y América. 1845-1847*, Buenos Aires, Ed. Luz del Día, 1949.

<sup>11</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. V. *Viajes*.

<sup>12</sup> NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE: obra citada.

ciertos conceptos sobre el atraso de España. Estados Unidos cuyo medio geográfico ofrece mucha semejanza con el nuestro, resultaba el ideal en marcha que Sarmiento necesitaba encontrar. Era la experiencia deseada para confirmar la validez de sus luchas. Desde este momento, además, alteraría los términos que empleaba para sus comparaciones, prefiriendo como referencia antes a Estados Unidos que a los países europeos. Por otra parte, es en este país que pudo observar los efectos que consideraba beneficiosos de la inmigración en un medio preñado de posibilidades y en ciertas condiciones de virginidad para su instalación. Estas condiciones de virginidad, cuyo concepto se advierte ya en el *Facundo*, significaban lisa y llanamente la extinción material —en nuestro caso del caudillo— de toda forma social anterior y de las causas que le dan origen, como estado previo a la incorporación del inmigrante, agente trasmisor de la civilización.<sup>13</sup> Sin esta premisa no podrá comprenderse el pensamiento político de Sarmiento y su acción cuando le tocó actuar en función de gobernante.

Dice Underwood Faulkner<sup>14</sup> que entre 1845 y 1850 fue el momento en Estados Unidos en que entraron más inmigrantes en relación a la población nativa norteamericana. Esto ocurría precisamente cuando Sarmiento visitó por primera vez el país del Norte, cuyo medio geográfico representaba su ideal a tal punto que llegó a exclamar: “Son los Estados Unidos, tal cual los ha formado Dios”.<sup>15</sup> Obsérvese que la consideración sobre el medio geográfico es una actitud constante en el viajero. Después de observar el crecimiento demográfico y especificar la influencia en las cifras por efecto de la inmigración, hace esta consideración: “El inmigrante no es un animal prolífico, hasta que ha recibido el baño yanqui”, apuntando así a un acontecimiento que consideraba fundamental respecto de la inmigración: el de su fijación y constitución de la familia en el medio dado como etapa esencial de su arraigo.

Al volver de Norteamérica y publicar *Argirópolis*, Sarmiento que tenía ahora plena conciencia de los desniveles, que comparaba con mayor experiencia la realidad de su país y la de Estados Unidos, exponía: “La Confederación Argentina tiene país para cien millones de habitantes, y no cuenta con un millón de hijos”.<sup>16</sup> Consideraba existente la posibilidad; urgía en-

<sup>13</sup> Un autor moderno, LEWIS MUMFORD, obra cit., t. I, ha indicado como estas mismas condiciones favorecieron a Inglaterra. Dice: “Dado que el régimen eotécnico había echado menos raíces en Inglaterra, había en ese país menos resistencia para aplicar nuevos métodos y nuevos procedimientos: la ruptura con el pasado se llevó a cabo quizá más fácilmente por la sencilla razón de que allí había menos con que romper”.

<sup>14</sup> *Historia económica de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1957.

<sup>15</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. V. *Viajes*.

<sup>16</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. XIII. *Argirópolis*.

contrar el medio de ganar tiempo. Se agudiza en nuestro autor el problema máximo para él: el de especular con el tiempo. “El medio, pues, de volar, *de suplir al tiempo y a la distancia para poblar*, enriquecer nuestro país y hacerlo fuerte contra la Europa —decía— es hacer segura la situación de los extranjeros, atraerlos a nuestro suelo, allanarles el camino de establecerse y hacerles amar el país, para que atraigan a su vez a otros con la noticia de su bienestar y de las ventajas de su posición”.<sup>17</sup> Con el inmigrante se ganaba tiempo fundamentalmente porque traía aprehendidos con él todos los conocimientos técnicos inherentes a la civilización moderna y su instalación de inmediato haría posible romper la herencia española: “Nuestros padres nos han dejado una inmensa herencia desierta, y una inmensa tarea que llenar para desempeñar nuestro papel de nación y de parte constituyente del mundo”.<sup>18</sup> Y en esta última frase “parte constituyente del mundo”, Sarmiento volvía al problema del tiempo, que se expresaba en el temor de que nuestro atraso y alejamiento del progreso nos desvinculara y nos colocase en situación de manifiesta inferioridad ante el mundo civilizado.

Con Buenos Aires y con el inmigrante tenía Sarmiento los dos elementos originales que habían de operar el gran cambio. Ahora se trataba de ganar tiempo y terreno introduciendo al extranjero —a quien se le otorgarían previamente las más amplias garantías constitucionales— como cuña en el desierto por intermedio de otro elemento del siglo: el ferrocarril. Lo consideraba, al igual que Mitre, para la provincia de Buenos Aires: “No ya un progreso como en los demás países civilizados, sino la única condición del desarrollo de la población en las sesenta mil millas cuadradas de territorio que ya están ocupadas”.<sup>19</sup> Aquí el ferrocarril realizaba una doble función de introducción y fijación de la población, pero eso sí, para que se cumpliese esto, correlativamente la tierra debía ser distribuida adecuadamente. La prédica de entregar al inmigrante tierras en propiedad, era una consideración lógica que lo enfrentaba con la clase más poderosa: la de los grandes terratenientes.

Una vez más en estos planteos se pone de relieve la influencia de la experiencia norteamericana, de internar al extranjero y posibilitarlo para que logre su arraigo al suelo. La tierra en propiedad, en extensiones limitadas, bordeando las vías férreas,

<sup>17</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. XIII. *Argirópolis*. Al respecto dice LUIS JUAN GUERRERO: *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo*. Centenario del *Facundo*. Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La Plata, Imp. López, 1945, que Sarmiento: “Siente a la tierra, desde luego, no solamente como espacio, sino también como tiempo”.

<sup>18</sup> D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. XIII. *Argirópolis*.

<sup>19</sup> *Plan combinado de Educación Común, Silvicultura e Industria Pastoral, aplicable al Estado de Buenos Aires*, en D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. XXIII, *Inmigración y Colonización*.

contribuiría al logro del cambio de la estructura económica dando lugar a la intensificación de los cultivos y a la pequeña explotación agropecuaria. Además se abría margen a la formación de una nueva clase social —elemento indispensable para provocar el cambio estructural—, que en definitiva chocaría por el tipo de sus intereses con la de los terratenientes.

En toda ocasión Sarmiento insistía en la necesidad de dividir la tierra y dar lugar a la explotación agrícola. El predominio de la ganadería lo consideraba un obstáculo. “El estado de Buenos Aires —exponía al respecto— no está, pues, destinado por la cría del ganado a poblarse de hombres, sino en cierta medida y en cuanto baste a las necesidades de la crianza. Esta industria ganadera, proseguida como hoy se practica, sería por siempre el invencible obstáculo para el engrandecimiento y población indefinida del Estado, que sólo en las costas, y para las múltiples ocupaciones del comercio admitiría población”; y más adelante agregaba: “Pediríamos, pues a los propietarios cincuenta cuadras de tierra inculta y que sólo producen cierta cantidad módica de pastos, en cambio de la facilidad de cubrir de bosque el resto”.<sup>20</sup> Toda esta acción estaba en el plan de Sarmiento acompañada por el desarrollo de la Educación Común “para despertar la inteligencia embrutecida del hombre de los campos; para moralizarlo por la educación y contener sus pasiones indómitas; para asegurar la propiedad, amenazada por las revueltas y para generalizar la instrucción práctica que haga volver la industria ganadera de su extravío, echándola en las vías que en la agricultura”, agregando: “Ocupando menos terreno y produciendo más dinero”. La educación tenía un fin primordialmente práctico y circunstancial, que consistiría en advertir al nuevo hombre de la campaña de los peligros heredados y vigentes de la vieja estructura; a la vez que reformar al primitivo. Nuevamente movido por la urgencia, otro elemento fundamental era puesto en relación a las necesidades inmediatas; más tarde daría un alcance más vasto a la educación, en función de agente de amalgamamiento y nacionalización.

Faltan nombrar otros dos elementos productos del siglo y de mucha necesidad para actuar dentro de la dinámica de la transformación: el capital extranjero y la industria. Comencemos diciendo que el criterio práctico de Sarmiento aceptaba en este aspecto los hechos tal cual su ordenamiento real: “A las naciones poderosas, mientras no haya un Congreso Supremo del mundo, está sometida la policía de la tierra; y la libertad de la discusión, el presupuesto, y el cambio de ministerios, hacen imposible todo complot secreto y seguido a largo tiem-

<sup>20</sup> *Plan combinado...*

po”, y refrendando esta tácita aceptación del imperialismo, ejemplificando con Inglaterra decía: “El Gobierno inglés tiene un oído y un ojo *oficial* en todos los puntos del globo a donde sus intereses alcanzan”.<sup>21</sup> El reconocimiento de la existencia de una supremacía por parte de otras naciones estaba complementado por este otro juicio dado en el *Facundo*: “Por otra parte, los españoles no somos ni navegantes ni industriales, y Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos; en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio. Europa nos pondrá el remo en la mano y nos revolcará río arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación”.<sup>22</sup> Sarmiento aceptaba un estado de dependencia económica pero con un fin especulativo, no dejaba de suponer —y ya hemos hablado de los elementos agentes de los que se vale— que el país habría de superar la etapa de dependencia cuando en frase retórica decía: “Hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación”. Una vez más el ejemplo de Estados Unidos lo iluminaba cuando recordaba que en dicho país merced al “exceso de la población y el desarrollo de la riqueza, nace una industria nacional”<sup>23</sup>, por la que abogaría en la República Argentina, sin adoptar una actitud definida en lo que respecta al proteccionismo, mas bien liberal, dado su criterio de la necesidad del capital extranjero y el deseo de que su país fuese dotado gradualmente de tan importante factor económico.<sup>24</sup> También para Sarmiento cabe la observación de Canal Feijoo respecto de Alberdi de que: “La triada económica se ordena en sus manos así: capital, trabajo, tierra. El hombre desaparece casi totalmente: el nativo, en desahucio; el introducido, en la avalancha inmigratoria. El órgano —el capital— elige e impone a su agente”.<sup>25</sup>

Sintetizando; Sarmiento era un hombre práctico en quien las influencias del pensamiento romántico y positivista se manifestaron parcialmente y de los cuales tomó aquellos conceptos que están más en relación con el planteo progresista del siglo. Su principal problema era adoptar y adaptar las formas progresistas de la civilización occidental en el país como medio para lograr su transformación estructural y ponerlo al nivel de los países más evolucionados. Para ello en primer término consideró las trabas que el medio geográfico y la herencia española ofrecían, luego pasó vista a los factores que posibilitarían el

21 D. F. SARMIENTO: *Facundo, Obras completas*, t. V, *Viajes*.

22 D. F. SARMIENTO: *Facundo*, ed. cit.

23 D. F. SARMIENTO: *Obras completas*, t. V.

24 Véase en esta edición de homenaje a Sarmiento el trabajo de: JOSÉ PARNETTIERI: *Sarmiento y la Industria*; y en el t. XLI de las *Obras completas* el artículo *Protección a la industria*, *El Nacional*, 18 de octubre de 1878.

25 BERNARDO CANAL FEIJÓO: Introducción al libro de JUAN B. ALBERDI: *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1954.



progreso, que eran: la ciudad, Buenos Aires, y el inmigrante. Estos dos agentes serían los trasmisores de la civilización, cuyos principales elementos, el ferrocarril, la navegación a vapor, los otros modernos medios de comunicación, la maquinaria industrial, acompañados del capital extranjero debían entrar en el menor tiempo posible para procurar de inmediato el cambio estructural necesario. Tras todo este planteo estaba en Sarmiento el problema del tiempo, dramático problema que resulta de pensar que el progreso no se detiene y que de seguir su progresión, las naciones más civilizadas aumentarán la distancia que las separan de las menos desarrolladas.

Sarmiento intentó hacer un libro perfectamente estructurado, cuando en los años de su vejez quiso hallar respuesta a los miles de interrogantes que aún se le planteaban. Después de años de luchas, de ver en términos de práctico desarrollo las ideas que él lanzara, cierto escepticismo lo llevó a la duda de si los resultados eran de provecho, al ver que: “Nuestros progresos, sin embargo, carecen de unidad y de consistencia” y al observar lo que para él era profundamente más dramático: “Para nuestro común atraso Sud-americano avanzamos ciertamente; pero para el mundo civilizado que marcha, nos quedamos atras”.<sup>26</sup> No se habían alterado las proporciones entre la evolución de una y otra parte y por lo tanto la distancia-tiempo que nos separaba del resto del mundo civilizado se agudizaba. Sin embargo confesaba que la situación material del país no era mala; “es la situación política la que da que pensar”, le decía a Mrs. Horace Mann. Por tal razón el libro —más desordenado y ampuloso— *Conflictos y armonías de razas en América* no comienza con formulaciones de tipo práctico, ahora son los interrogantes que en la urgencia inicial no se planteó: “¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientó? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello”.<sup>27</sup>

Tomemos conciencia de la frase: “Nación sin amalgama de materiales acumulados”. Sarmiento confesaba que la estructura tradicional que quiso desplazar y reemplazar en el menor tiempo posible no lo había sido por medio de una nueva estructura. Estaban los materiales, pero no ordenados en una nueva sociedad, y buscó en la interpretación racista las causas.

El libro inconcluso no nos dice la respuesta exacta, que a nuestro juicio por esa vía nunca habría hallado, aunque él con-

<sup>26</sup> D. F. SARMIENTO a Mrs. Horace Mann, [diciembre] 1883, prólogo dedicatoria en *Conflictos y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, Ed. La Cultura Argentina, 1915.

<sup>27</sup> D. F. SARMIENTO: *Conflictos y armonías...*, op. cit.

siderara válidas las ideas directrices del trabajo, y llegara hasta exagerar como cuando dice, desconociendo toda razón anterior: “La emigración sola basta de hoy en adelante para crear una nación en una generación, igual a cualquiera de las que más poder ostentan hoy en Europa occidental”; frase que subconscientemente amparaba su razonamiento ante esta pregunta que angustiosamente se formulaba: “Qué deberíamos hacer los americanos del Sur, *para no ser distanciados* de tal manera que no se haga de nosotros en treinta años más, o tener que resistir a las tentativas de recolonización de los que pretendan que está mal ocupada esta parte del continente subsidiario del Europeo?”.<sup>28</sup> Con lo que queda expresado, que el principal y subsistente problema para Sarmiento aún cuando ya estaba el país absorbiendo los elementos de la civilización que él había pregonado, era el del tiempo, y que este problema, que era urgencia para él, le impedía toda otra reflexión, para que mirando hacia adentro tomase cuenta de aquellos factores positivos originales que el país le brindaba y que el desechó como componentes de la nueva estructura social. Ahora a su vejez, no obstante ciertas reconsideraciones respecto de la inmigración, seguía en la lucha insistiendo en su sistema —aunque con otros elementos socio-filosóficos especialmente spencerianos—, pero no pudo dejar de expresar cierta desilusión amarga, como cuando le decía a Francisco P. Moreno en referencia a la prédica americanizante de Labulaye y él: “Ambos hemos trabajado en la misma viña, sin fruto. Da pena oírlo”.<sup>29</sup>

Esta decepción del sanjuanino surgía del hecho que él no tenía posibilidades ni tiempo de medir en su dimensión y consecuencia; y que es el que se refiere al choque cultural entre dos civilizaciones. Toymbee ha estudiado la psicología de los encuentros entre dos culturas, y aunque este no es nuestro caso íntegramente, ciertas conclusiones especialmente en lo que respecta al choque entre dos grados de civilizaciones distintas son aplicables. Considera Toymbee que: “Cualquier civilización, cualquier modo de vida, es un todo indivisible en el que todas las partes se asocian y son interdependientes”, por lo que el desprendimiento de un elemento de ese todo —en el siglo XIX la tecnología occidental— puede originar conflictos, en oportunidades nocivas cuando este penetra en otro cuerpo.<sup>30</sup> En nuestro país los elementos tecnológicos importados como agentes del cambio estructural, no encontraron un campo virgen tal cual pretendía Sarmiento; aún subsistían las influencias de la

<sup>28</sup> D. F. SARMIENTO: *Conflictos y armonías...*

<sup>29</sup> Carta de D. F. Sarmiento a Francisco P. Moreno, en apéndice de su libro: *Conflictos y armonías de...* op. cit. Entiéndase el término americanizante por norteamericanizante.

<sup>30</sup> ARNOLD TOYNBEE: *El mundo y el occidente*, Madrid, Ed. Aguilar, 1955.

estructura que estaba por ser desplazada<sup>31</sup>, pero que ofrecían las resistencias del caso. Por eso Sarmiento busca los orígenes de este conflicto en el estudio de las razas, entendiendo por razas un tipo de vida, una cultura, que heredada de los españoles en su conjunción con indios y negros aún proyectaba influencia. Pero hay más. La excesiva fe de Sarmiento en el progreso y sus resultados inmediatos, no le permitieron reparar —porque sus defectos conocía— en que Buenos Aires no ofrecía las garantías debidas para actuar en una situación de tal jerarquía, como para ser tabla de salvación en mérito a constituir el único centro urbano con facultades de imponerse al desierto, y por su intermedio posibilitar la entrada de la civilización moderna. Buenos Aires era, y lo es aún, una colectividad y no una comunidad, de acuerdo con la definición de Kähler<sup>32</sup>. Es un conjunto de grupos reunidos con algún propósito específico, los más materiales, sin los atributos históricos de una comunidad. Es el prototipo de la ciudad comercial, a quien la configuración geográfica del país ha puesto en una situación de preeminencia, pero que dada su formación social, es capaz de actuar en la función que Sarmiento le atribuía, de romper la vieja estructura, pero incapaz —porque ella en sí mismo no lo hace— de recrear otras.<sup>33</sup> De tal manera, el porteñismo en el que a pesar suyo cayó Sarmiento, resultaba un arma de doble filo, puesto que si bien Buenos Aires actuaba como agente transmisor, lo hacía no ordenando los elementos para dar lugar a la nueva estructura, sino acumulando los materiales sin proceso de amalgamamiento. Además esta acumulación se daba en su ámbito regional, por lo que el desequilibrio entre su región y las demás se agudizó hasta deformar totalmente la estructura socio-económica del país, como lo demostrara al hablar de la forma abanical Alejandro Bunge.<sup>34</sup> Así ocurrió que los ferrocarriles en vez de internar al inmigrante y conquistar el espacio, tal cual lo indicara Sarmiento copiando el modelo norteamericano, no sólo no lo internó sino que fue el medio para desarraigar provincianos, que se acopiaron en el extraordinario crecimiento demográfico de Buenos Aires. No se internó al inmigrante porque la vieja estructura, donde dominaba la clase terrateniente, no cedió en lo que a subdivisión de la tierra se requería y porque la ciudad-puerto en un proceso de “acumulación” sin límites necesitaba de su mano de obra. Así el magnífico impacto demográfico inmigratorio no rindió todos los re-

31 Esto ocurrió a nuestro criterio en el período 1890-1916, período de crisis en que se gesta una nueva estructura social, de la cual fue principal agente el inmigrante.

32 ERICH KAHLER: *La torre y el abismo*, Buenos Aires, Cía. Fabril Editora, 1959.

33 Véase el ensayo de BERNARDO CANAL FEIJÓO: *Teoría de la ciudad argentina*.

34 ALEJANDRO BUNGE: *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1940.

sultados calculados por Sarmiento como por Alberdi, porque los factores apuntados impidieron el ordenamiento de un “sistema productivo general”.<sup>35</sup>

Alberdi que tenía una formación superior a la de Sarmiento para considerar los hechos económicos advirtió en crítica al *Facundo* el verdadero poder de Buenos Aires. “Aún después de abrir los puertos fluviales al comercio directo, fue vencido Urquiza en su plan, por Buenos Aires, al favor del poder real que esta provincia encerraba en su *capital - puerto - aduana - tesoro - crédito - banco - papel moneda poder total de la nación*”.<sup>36</sup> Dando cuenta de una acumulación de factores materiales a los cuales se sumarían posteriormente los nuevos del progreso técnico del siglo. Y así, retomando la idea de Toynbee, se tomó de occidente los elementos tecnológicos —una parte del todo— que fueron absorbidos y sumados por la parte más fuerte del país, Buenos Aires, cuerpo colectivo, que por más fuerte unió formalmente al país, pero que al sumar poder alteró con mayor profundidad su estructura socio-económica. De las preguntas de Sarmiento al iniciar su libro *Conflictos y armonías de las razas de América* aún queda vigente su pregunta: “¿Somos Nación?”; ¿tenemos conciencia —es justo agregar— de formar una comunidad?<sup>37</sup>

Hemos tratado de interpretar el pensamiento de Sarmiento a través de sus ideas que no con mucha precisión aparecen en sus escritos. Creemos forman un sistema que supera todas las aparentes contradicciones en que incurre por cuestiones de relación inmediata. Luego hemos formulado críticas no tanto al sistema en si que es la expresión fiel de una generación dentro de una época, sino a las consecuencias que de su aplicación no tomó debida cuenta, aclarando lo muy relativo de este cálculo.

Es verdad que Sarmiento desestimó “nuestras posibilidades de perfeccionamiento confiadas a las propias aptitudes”, como lo dice Rodríguez Bustamante<sup>38</sup>, y que: “Importar progreso como sementales de pedigre era dar la espalda a la realidad y edificar sobre la arena”, como lo expresa Martínez Estrada.<sup>39</sup> Pero estos hechos injustificables a nuestro juicio formaban par-

<sup>35</sup> Véase la interpretación de J. J. HERNÁNDEZ ARREGUI: *La formación de la conciencia nacional, (1930-1960)*, Buenos Aires, T. F. Orestes, 1960.

<sup>36</sup> J. B. ALBERDI: *Escritos póstumos de Facundo y su biógrafo*, t. V, Buenos Aires, Imp. Alberto Monkes, 1897.

<sup>37</sup> J. T. DELOS: *La Nación*, Buenos Aires, Ed. Desclée, de Brouwer, 1948; enuncia como etapa fundamental: “El paso de la *comunidad de conciencia a la conciencia de formar una comunidad*, es una transformación de la más alta importancia”. Por ello una revisión de las ideas de Sarmiento y de los hechos del siglo XIX en nuestro país es fundamental para conocer las bases del momento de transición que vivimos.

<sup>38</sup> NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE: ob. cit.

<sup>39</sup> EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Sarmiento*, Buenos Aires, Ed. Argos, 1956.

te en el esquema mental de Sarmiento, donde un elemento, *el tiempo*, o mejor, *la plasmación del progreso en el medio en el menor tiempo posible*, era el nervio fundamental que lo obligaba a fijar prioridades para no distanciarnos de las partes de mayor progreso, las cuales a su vez en continua evolución proseguían su desarrollo. El insistir en estas prioridades fundamentales —que eran los agentes y elementos de la civilización moderna actuando en nuestro medio— trae en correlación, a modo de concepción, dejar de lado factores internos. Ante la urgencia estos resultaban factores secundarios. La frase que más ejemplifica lo dicho es la que ya hemos citado: “Para nuestro común atraso Sud-Americano avanzamos ciertamente; pero para el mundo civilizado que marcha, no quedamos atrás”; que escrita en 1883 insistía en conceptos ya expresados en el *Facundo* “En la República Argentina se ven a un mismo tiempo las civilizaciones en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas”, por lo que eligió a Buenos Aires como agente de transmisión del progreso. Más tarde en sus viajes cuando visitó España pensó que el destino trágico de esta nación consistía; “No en andar a remolque de las otras naciones, sino a destiempo, dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco y viceversa”, por lo que medida su influencia —dado su atraso en los principales momentos de incidencia sobre nosotros— no nos beneficiaba. Luego en *Argirópolis* llamaría a la inmigración como medio de “volar, suplir al tiempo y a la distancia para poblar”. El problema del tiempo, que en Sarmiento era urgencia, va pautando su pensamiento y dando nervio a su acción. Hay que hacer, mal o bien, hay que hacer, no hay tiempo para planes; y la frase absurda se hacía lógica en aquellas circunstancias. . . . Y se hizo.

“Si Sarmiento no hubiera existido, la Argentina no sería lo que es”, reconoce Manuel Gálvez<sup>40</sup> que no es precisamente su panegirista; y la generación inmediata a él, la del ochenta, que mucho tomó de su positivismo utilizó el “fermento”<sup>41</sup> que sus ideas dejaron, para fijar bases al cambio estructural por el que tanto había luchado.

HORACIO JOSÉ PEREYRA.

<sup>40</sup> MANUEL GÁLVEZ: *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Ed. Tor, 1952.

<sup>41</sup> Así define su influencia en esos momentos THOMAS MCGANN: *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.